

Testigos silenciosos de la violencia en las universidades públicas

Rosalía Carrillo Meráz*

Resumen

Este artículo tiene como objetivo describir las formas de violencia de la que estudiantes, profesores y trabajadores universitarios han sido testigos, pero que pocas veces se han atrevido a denunciar por miedo o porque no confían en las autoridades correspondientes. Han preferido guardar silencio para protegerse a sí mismos; negando la solidaridad y apoyo al resto de sus compañeros con el fin de “no ser afectados” dentro de la universidad. Problema analizado desde una metodología mixta con la cual se detectó cómo las formas de violencia suscitadas en la universidad son copia fidedigna de lo que pasa en nuestra sociedad. No obstante, dichos actos pueden disminuirse a su mínima expresión con el apoyo de toda la comunidad universitaria.

Palabras clave: violencia, silencio, comunidad universitaria, universidad pública.

* Doctora en Ciencias Sociales, Secretaria Ejecutiva y Directora de la Compañía de Teatro-Intervención del Observatorio Nacional sobre Violencia entre Hombres y Mujeres (ONAVIHOMU) y Profesora de la Maestría en Estudios de Género de la Facultad de Trabajo Social, Sociología y Psicología de la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Loma Xicotencatl sn, Tlaxcala de Xicotencatl, Tlaxcala. CP 90070. Contacto: apanerowa@hotmail.com

Introducción

Este trabajo parte de la premisa de que vivimos en un país donde impera la violencia: problemas derivados por la negligencia de nuestros gobernantes, la corrupción de funcionarios y cuerpos policíacos y militares, el narcotráfico, la delincuencia, robos, extorsión, secuestros, amenazas y todo tipo de manifestaciones de violencia que afectan de manera directa e indirecta a la sociedad mexicana; lo cual nos obliga a reconocer que vivimos una crisis política, económica y social. Por desgracia, en este contexto, el espacio universitario no queda exento de la problemática, pues es un campo atravesado por prácticas sociales e institucionales, que por su naturaleza, recrean relaciones de poder, e inevitablemente constituyen una fuente de conflicto entrañado en la práctica institucional, dando como resultado diversas formas de violencia.

Entonces, es difícil pensar en la existencia de algún espacio público o privado, exento de vivir alguna forma de violencia, pues este fenómeno ha alcanzado niveles difíciles de ocultar en nuestra sociedad, ya que son expresiones de un devastador proceso civilizatorio, carente de un verdadero estado de derecho guiado por los principios liberal-democráticos: igualdad, libertad, justicia y solidaridad.

En el caso de las Instituciones de Educación Superior (IES) tampoco es posible negar la existencia y ejercicio de múltiples formas de violencia que afectan directamente a sus actores (llámense alumnos, profesores, funcionarios o administrativos); del conjunto de actores que dan forma a la comunidad universitaria, ninguno puede presumir de no participar como victimario, víctima o testigo.

Ahora resulta imposible negar que existe violencia dentro de estos espacios de formación profesional, puesto que los medios de comunicación, quizá favoreciendo la política del miedo, se han encargado de hacer públicos muchos de los casos de violencia suscitados

dentro de las IES. Situación que se suma a la realidad social del caos y el miedo que se vive en todo el país.

A partir de lo anterior y con el interés de investigar la situación que se vive en la vida universitaria, se realizó una recopilación de información que recoge la voz de estudiantes, profesores y trabajadores sobre las diferentes formas de violencia que experimentan en su interacción dentro de este espacio social. Los esfuerzos del trabajo han sido dirigidos a inventariar las experiencias de vida de estos actores en los siguientes campus de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM): Iztapalapa, Azcapotzalco y Xochimilco. Con lo cual ya realizamos el primer diagnóstico sobre violencia en una IES (Carrillo Meráz, 2015).

Así pues, con información sustantiva sobre las diferentes formas de violencia y la percepción de estudiantes, profesores y trabajadores, maneras que hasta ahora se habían mantenido en el silencio, se estará en condiciones de hacerlas públicas y contribuir a la denuncia y disminución de las diferentes manifestaciones de la violencia dentro del espacio universitario. Este trabajo es el resultado de la investigación realizada en la UAM para conocer las diversas formas de violencia que estudiantes, profesores y trabajadores viven en esta prestigiada institución.

Metodología

El presente estudio tuvo como propósito analizar las diferentes *formas de violencia* de que han sido testigos los actores universitarios y el nivel de la cultura de la denuncia que existe en la UAM, tomando en cuenta la confianza en las autoridades escolares y su eficiencia para intervenir y resolver conflictos que se suscitaron entre los miembros de la comunidad universitaria.

Por una parte, se utilizó la perspectiva de análisis cualitativo con el objetivo de generar referentes empíricos que permitieran comprender las percepciones de las y los entrevistados sobre la violencia. Se recurrió a instrumentos metodológicos como organización de grupos focales, entrevistas y observación de campo.

También se realizaron entrevistas a profundidad a estudiantes, profesores y trabajadores y, con ello, se lograron conocer los diferentes conflictos vividos dentro del espacio universitario; algunas propuestas para solucionarlos, tomando en cuenta la educación recibida antes de integrarse al espacio universitario; así como el significado que cada uno de los actores da a la violencia, dependiendo del rol que desempeñan dentro de la institución.

Por otra parte, se recurrió al método cuantitativo para recabar información a través de la aplicación de un cuestionario a la comunidad estudiantil, con el fin de generar información que nos permitiera comparar el discurso de los universitarios en las diferentes unidades de la UAM y establecer la relación coherente con la información cualitativa.

El criterio de selección de los entrevistados fue el muestreo *bola de nieve*, eligiendo al azar estudiantes regulares de licenciatura y posgrado, con más de un año dentro de la universidad, para realizar una entrevista introductoria y lograr que nos llevaran a otros informantes que hubieran sido testigos, víctimas o victimarios de alguna forma de violencia dentro del espacio universitario. En este trabajo no fue relevante la carrera de procedencia, sino la experiencia de los estudiantes, por lo que no se empleó un criterio metodológico que abarcara la totalidad de carreras de la UAM.

Los profesores fueron seleccionados del directorio de la UAM, buscando entrevistar a uno de ellos por división académica en cada unidad. En todas las entrevistas se respetó el anonimato de los informantes.

Fue elegida la UAM como universo de estudio por ser una institución organizada en campus, relativamente semejantes, para ser analizados y comparados: Iztapalapa, Azcapotzalco y Xochimilco. No se tomaron en cuenta las unidades Lerma y Cuajimalpa, dado que con las tres unidades elegidas se alcanzaba un excelente grado de representatividad.

El trabajo de campo realizado en cada una de las tres unidades de la UAM fue:

- 570 cuestionarios a estudiantes
- 3 entrevistas a estudiantes (uno por división académica)
- 3 entrevistas a profesores (uno por división académica)
- 3 entrevistas a trabajadores (vigilante, secretaria e intendente)
- 1 grupo focal.

En total se encuestaron 1,710 estudiantes de las tres unidades; se entrevistaron 9 estudiantes, 9 profesores y participaron 22 estudiantes en grupos focales para debatir el tema de la violencia en la institución.

Cabe mencionar que se utilizó la estadística descriptiva para mostrar los índices de violencia dentro de esta IES, pero el foco central de nuestro análisis está basado en los datos obtenidos a través de la información cualitativa.

Testigo silencioso de la violencia

La violencia es un tema delicado de tratar en las Instituciones de Educación Superior (IES). Los actores universitarios pueden ser testigos de diversas problemáticas, ya sea en las aulas, pasillos, patios, cafetería, biblioteca, o en los diversos espacios con los que cuenta la UAM. Cada espacio se distingue porque en él interactúan personas que ejercen y recrean relaciones de poder, mismas que pueden ser el

motivo para empezar un altercado o una lucha por demostrar quién es más poderoso y ello conlleva, en diversas ocasiones, a conflictos que dan como resultado eventos violentos.

Muchas veces, los estudiantes y profesores han caminado sobre los pasillos de la universidad siendo testigos de diversos tipos de violencia, pero pocos se atreven a actuar para detener estos actos. En este apartado se analiza la opinión que los estudiantes tienen sobre los diferentes tipos de violencia de la que han sido testigos dentro de la UAM.

Al preguntarles a los estudiantes si “habían escuchado” o “habían sido testigos de algún tipo de violencia dentro de la universidad,” respondieron de manera afirmativa dando como resultado lo siguiente:

Gráfica 1. Testigos de violencia por unidad



Fuente: Elaboración propia

Los resultados del porcentaje de los testigos de violencia resulta alarmante, ya que la mayoría de los estudiantes de la UAM (9 de cada 10) han presenciado o escuchado sobre algún tipo de violencia ejercido dentro de su espacio escolar; es decir, los incidentes, graves

o no, constituyen un problema real, pues la universidad sigue reproduciendo formas de convivencia que atentan contra los derechos de sus estudiantes.

Como se puede observar en el gráfico anterior, el porcentaje de estudiantes que han sido testigos o han escuchado que sucede algún tipo de violencia dentro de cada unidad no muestra diferencias porcentuales significativas. No obstante, las violencias percibidas son variadas, las más recurrentes son aquellas que se ejercen por medio del lenguaje (violencia psicológica en primer lugar), las que tienen que ver con el uso simbólico de la dominación o violencia simbólica (Bourdieu y Passeron, 1977). Los chismes ocupan el primer lugar, siendo un instrumento de difamación, desprestigio e intimidación entre los actores universitarios. Varios estudiantes reconocieron que existen diversas violencias que forman parte de la vida cotidiana, como expresa una estudiante de psicología:

Es que es difícil decir que no hay violencia si los profes intimidan, los alumnos inventamos chismes, otros roban cosas,... y las autoridades ignoran las quejas, eso también es violencia. Además, hay cosas a las que estamos acostumbrados, el profe que hacía chistes y nos decía putas en clase nunca fue reportado, muchos teníamos ganas de hacerlo pero no nos animamos por miedo o porque sabemos que no iban a hacerle nada. Es como si aceptáramos que eso pasa y ya (Alumna, Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-X).

Por su parte, un estudiante manifestó:

Es que hay violencias de muchos tipos, las que se notan son los golpes y las cosas que dejan marca, pero ¿cómo reporto que un profe me amenaza si su palabra vale más que la mía?, o ¿cómo digo que una chava me intimida? Me van a decir maricón. Yo creo que ya nos acostumbramos a callarnos y está mal, yo sé que está mal, pero a veces preferimos llevarla tranquilos, al cabo que sólo nos falta un año

y nos vamos. Yo sí he visto varias formas de violencia pero prefiero pasar por un ladito, mejor no me meto, ya si me pasa a mí pues lo arreglo, pero si no es contra mí, prefiero mantenerme al margen (Alumno, Ciencias Básicas e Ingenierías, UAM-A).

La idea de violencias cotidianas dentro de la universidad fue mencionada por varios estudiantes entrevistados y algunos participantes de los grupos focales. El problema es que la mayoría coincide en que es mejor no meterse en los problemas de los otros. Se trata de testigos pasivos que no están de acuerdo en que deben defender a sus pares, sino que es mejor mantenerse al margen, como menciona el estudiante de ingeniería, para evitar problemas mayores.

Si esta falta de solidaridad entre estudiantes se reproduce de la misma forma con profesores, administrativos y funcionarios, tendremos como resultado una comunidad que puede ser testigo de varios abusos y minimiza su capacidad de acción y, por tanto, disminuyen también la defensa de sus derechos dentro del espacio universitario.

Al preguntarle a un profesor cuál sería su reacción si alguno de sus compañeros fuera violentado, su respuesta fue la siguiente:

Mira, yo podría decirte que lo defendería y que incentivaría a mis compañeros para que se unan a la causa, pero quiero contestarte con la verdad porque es para tu investigación. Yo no haría nada, aquí tienes que andar a las vivas, no te conviene buscar enemigos de a gratis. Aquí en la UAM lo que sobra son enemigos que nada más están buscando que te equivoques para irse contra ti. Si algunos de mis compañeros fuera violentado, ya fuera porque no le pagan lo que le deben, porque se peleó con otro compañero, porque el jefe de departamento lo quiere correr, yo le diría tienes mi apoyo pero hasta ahí. Está mal que lo diga pero ni por mis compañeros del cuerpo académico me arriesgaría [...] hace poco una compañera nos pidió que firmáramos una carta porque acusaba a otro profesor de acoso sexual y ¿sabes qué hice? Le dije que estaba bien que se manifestara, que tenía mi apoyo pero que no podía firmar porque eso podía causarme problemas. Es muy complicado [...]

y sé que está mal lo que hago, pero hacer las cosas bien también tiene un costo (Profesor, Ciencias Básicas y de la Salud, UAM-I).

La evasión a los problemas ajenos fue una expresión que se repitió en testimonios, tanto de profesores, como de estudiantes. Al plantear al personal de vigilancia cuál sería su reacción al ser testigos de algún incidente violento, la respuesta fue sorprendente, ya que se esperaba que respondieran con el argumento de que intervendrían para evitar dicho incidente, pero no fue así. Las personas de vigilancia, entrevistadas en este trabajo, expresaron que su trabajo es vigilar, no intervenir en los conflictos, por lo que, en la mayoría de las ocasiones, ellos se centran en levantar actas o “invitar” a quienes no respetan las reglas a tranquilizarse o salir de la escuela:

Nosotros no estamos capacitados para intervenir, nosotros estamos para vigilar. No podemos meternos en una riña, por ejemplo. Piensa en el personal de vigilancia, la mayoría son viejos y no tiene técnicas para controlar una pelea... hay algunas personas de vigilancia que ni siquiera pueden expresarse bien. Te digo, mucha gente se confunde, nosotros no somos policías, somos vigilantes. Levantamos actas, tomamos nombres de las credenciales y reportamos incidentes pero hasta ahí, no podemos arriesgarnos porque no tenemos la preparación para intervenir en conflictos (Vigilante, UAM-I).

Aunque en las entrevistas se detectaron mayormente posturas de evasión a los conflictos, también surgieron algunas posturas en las que se apuesta por crear una comunidad y no sólo ser testigos pasivos, sino actuar ante las circunstancias de violencia suscitadas en la UAM. Tal es el caso de una profesora de Ciencias Sociales:

Lo que necesitamos es actuar. Si yo veo que algún chico está lastimando a su novia lo detengo, si veo que se faltan al respeto les llamo la atención, si un profesor les falta el respeto a los alumnos me quejo, le hago saber mi disgusto. Si todas y todos actuáramos para defender a los demás no tendríamos tanto incidente que viola los derechos de nuestros estudiantes [...] si reportáramos a vigilancia cuando vemos a alguien que no pertenece a nuestra comunidad nos estaríamos protegiendo, hay formas de cuidarnos los unos a los otros, hay formas de crear un ambiente sano, el problema es que muchos no saben cómo actuar o a quién recurrir (Profesora, Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-A).

Como menciona la profesora, el ser testigos de la violencia y no actuar ante ella, se genera también porque los estudiantes no quieren tener problemas o porque desconocen a que instancias pueden recurrir. Además se encontró que la desconfianza a las autoridades competentes les impide reportar incidentes que violan sus derechos, pues temen a represalias por parte de profesores y autoridades. Ante esta situación se confirma un número significativo de actores universitarios que prefieren ignorar los incidentes violentos de los que han sido testigos.

Testigos y tipos de violencia

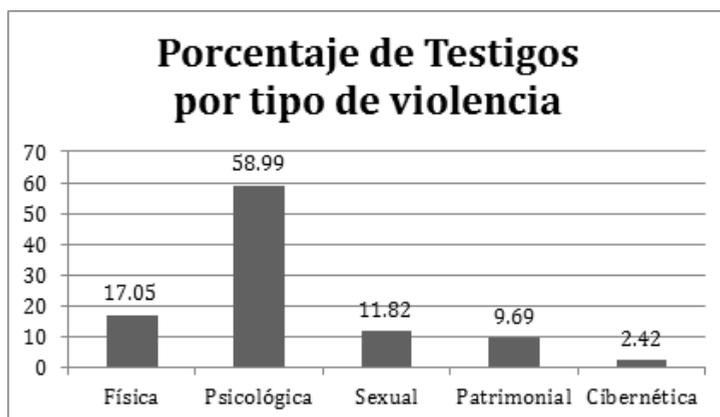
Los estudiantes tuvieron la opción de marcar con una equis los tipos de violencia que habían presenciado dentro del espacio universitario. Entre las opciones se encontraban: golpes, empujones, patadas, golpes con objetos, insultos, amenazas, descalificaciones, humillaciones, homicidio, secuestros, chismes, chantajes, marginación, rechazo, discriminación, sobornos, robo de pertenencias, abuso de autoridad, insinuaciones sexuales, hostigamiento, acoso sexual, tocamientos, violación sexual, daño de pertenencias, retención de documentos,

acoso y amenazas por medios de redes sociales y/o medios electrónicos, y se ofreció la opción “otros” para que especificaran en caso de haber sido testigos de alguna forma de violencia no prevista en el cuestionario.

Alrededor del 98% de los estudiantes de la UAM han sido testigos o han escuchado que dentro de la unidad, se viven distintos tipos de violencia. Lo que llama la atención es que casi el 100% de los estudiantes encuestados fueron testigos de violencia, dato que coincide con las entrevistas y el grupo focal llevado a cabo en cada una de las unidades que conforman el universo de estudio. Sin embargo, al preguntarles cuál era su reacción ante algún acto violento, los estudiantes coincidieron en: “ignorarlo, no meterse, ver qué pasa, hacer como que no pasa nada” y una minoría respondió que “reportaría los actos”, aunque no tenían claro a quién o a qué instancia acudir.

Entre los diferentes tipos de violencia que se dan dentro de la UAM, los estudiantes manifestaron que las violencias más recurrentes de las que han sido testigos son:

Gráfica 2. Porcentajes de testigos por tipo de violencia



Fuente: Elaboración propia

Como se puede observar, la violencia psicológica, por tratarse de una forma de violencia sutil, que no deja marcas aparentes, alcanza el porcentaje más alto de manifestaciones dentro de la UAM, seguido por la violencia física, con una diferencia porcentual significativa.

En este caso, las manifestaciones de violencia psicológica, equivalente al 58.99%, es ejercida por medio de chismes, insultos, gritos, discriminación y abuso de autoridad. En segundo lugar tenemos, con 17.05%, las manifestaciones de violencia física, donde los empujones, golpes y patadas son las formas más recurrentes de este tipo de ataques. Es importante resaltar que el 11.82% ha sido testigo de violencia sexual dentro de la UAM, violencia que está penada legalmente, pero como su índice de denuncia es menor, no se han tomado cartas en el asunto dentro de esta Universidad. Las agresiones sexuales más recurrentes son las insinuaciones sexuales, el hostigamiento y el acoso sexual. Cabe resaltar en este tipo de violencia que 79 alumnos encuestados evidenciaron que conocen casos de violación sexual dentro de las instalaciones de la UAM. Por otra parte, el 9.69% ha presenciado o escuchado alguna manifestación de violencia patrimonial, en su mayoría robo y daño de pertenencias.

El principal problema de estas manifestaciones de violencia estriba en que los estudiantes y algunos profesores, tienen miedo o se niegan a denunciar porque temen a las represalias. Alumnos que participaron en un grupo focal, expresaron que varios compañeros han sido reprobados por expresar su opinión acerca de la forma de impartir la cátedra de los profesores. Varios participantes del grupo focal coincidieron en que “prefieren quedarse callados para llevarla tranquila, pues no quieren ser afectados en sus estudios”.

Asimismo, las manifestaciones de las relaciones de poder provocan la aceptación del ejercicio de la violencia, ya sea por miedo (como es en el mayor de los casos) o porque jerárquicamente se generan diversos tipos de “protección” hacia quienes ejercen violencia. Muchas

veces los jefes de departamento, secretarios de unidad o, incluso, rectores, crean lazos de apoyo a personas que ejercen violencia contra estudiantes, profesores y/o trabajadores universitarios, protegiéndolos para que no sean blanco de acusaciones por sus actos.

Los entrevistados expresaron que, en el caso de los profesores, son protegidos por el sindicato o por los jefes divisionales, jefes de departamento o coordinadores de carrera y que es inútil denunciar porque “toparán con pared”.

¿Por qué los estudiantes no denuncian?

Todos los actores universitarios están protegidos por un reglamento, pero el desconocimiento del mismo provoca que muy pocos acudan a las autoridades correspondientes para exigir la defensa de sus derechos. Asociado a esto, la desconfianza en las autoridades y el miedo a las represalias crean la combinación perfecta para que los actores universitarios, en su mayoría estudiantes, opten por no denunciar los casos violentos.

Esto obedece a que todo tipo de organización/institución está influenciada por su entorno; en este caso por una cultura política nacional de sumisión, a partir de la cual, el abuso del poder ha provocado la desconfianza ciudadana ante las autoridades encargadas de la administración de la justicia y resguardo del orden. Lo cual explica cómo las conductas, que estos ciudadanos en construcción adoptan en el exterior de las instituciones educativas, tienen la misma consecuencia al interior de ellas, gracias a la influencia extra-sistémica; es decir, al entorno social (Montesinos, 1999).

Por ello, en el nivel social (espacio extra-sistémico) las personas prefieren no dar parte de asaltos, por ejemplo, porque la pérdida de tiempo, los trámites burocráticos y el riesgo de no lograr que se haga

justicia, desmotiva su deber de denunciar. En la universidad (espacio intra-sistémico) sucede lo mismo, los estudiantes externaron que prefieren evitar los trámites, por ello optan por el silencio. Un profesor expresó: “No, no hay una cultura de la denuncia. Somos pocos los que hablamos y nos ven mal por ser así. Mucha gente prefiere callar, estar en el anonimato y evitar problemas” (Profesor, Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-I).

Reforzando esta opinión, una ingeniera agrega: “No, aquí funciona más el calladito te ves más bonito [...] Está mal que lo diga pero por lo regular me quedo callada [...] esta universidad se maneja por camarillas y si no tienes cuates con poder, más te vale cerrar el pico y seguir trabajando” (Profesora, Ciencias Básicas e Ingeniería, UAM-A). Así, el mantenerse como víctima o testigo pasivo se apuntala como una opción o una consecuencia de la desinformación y la poca confianza en las autoridades universitarias.

Por otra parte, se trató, el tema respecto de qué incidentes deben denunciarse y cuáles no. Algunos entrevistados coincidieron en que sólo tienen opción de denunciar eventos graves o agresiones que se pueden comprobar, para lograr que las autoridades crean lo que se está denunciando. Ante esto, un profesor argumentó:

No existe cultura de la denuncia. Yo creo que no se da porque los eventos de violencia son muy sutiles. La gente se mienta la madre en los pasillos y es normal, se empuja y es normal, la gente está haciendo estas cosas pero ni las considera violentas ni las va a denunciar porque no tiene pruebas tangibles, porque finalmente no existe una violencia tan tangible que tú puedas denunciar. Son violencias muy sutiles que no puedes manejar, por eso es que no denunciamos nada en esta universidad (Profesor, Ciencias Básicas y de la Salud, UAM-X).

Como menciona el profesor, la importancia del hecho y las pruebas para demostrarlo son indispensables al momento de denunciar, por

tanto, personas que han sido vulneradas, pero no tienen evidencias, deben enfrentar un proceso de lucha por su credibilidad y la de su atacante. Sumando a esto, la desconfianza en las autoridades universitarias:

Pues yo creo que no hay cultura de la denuncia, pero ¿sabes por qué? Porque no sirve de nada denunciar. Porque los profes no son sancionados, porque los trabajadores no son sancionados, los mismos alumnos no somos sancionados. A mí me suspendieron porque fue una falta grave, pero puedes pasar diciéndole pendejo al profe o le dices puta a la chava que está a tu lado y no pasa nada. No hay mucho control y eso fomenta la escasa denuncia porque ¿pa' qué denuncias si las autoridades no van a hacer nada? (Alumna, Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-X).

También encontramos posturas que aseguran que ante la escasa cultura de la denuncia y la respuesta negativa por parte de las autoridades al reportar un acto violento, prefieren tomar cartas en el asunto:

No creo que haya cultura de la denuncia, nunca nadie me ha comentado que fue a denunciar o algo así. Yo no denunciaría, si alguien me hace algo sí lo golpeo, no tengo que llegar a esos extremos de ir a denunciar, mejor lo resuelvo en el momento poniéndole un 'estate quieto' (Alumno, Ciencias Básicas e Ingeniería, UAM-A)

Ante estos ejemplos, la UAM carece de una cultura de la denuncia, los estudiantes prefieren “aguantarse” en lugar de reportar los hechos por miedo a las represalias o, simplemente, para mantenerse en una zona de *confort* donde aplican la estrategia de evadir los problemas.

¿Qué nos queda por hacer?

Ante la casi nula reacción de las y los estudiantes universitarios a denunciar las diferentes formas de violencia que se generan dentro

de la universidad, sólo nos queda preguntarnos ¿qué es lo que está sucediendo?

Como menciona Klineberg: “es imposible encontrar una sola causa de todas las formas de violencia” (1981:136), puesto que las causas varían dependiendo de quién ejerce y recibe el acto violento. Sin embargo, al hablar de violencia dentro de las IES, nos encontramos con causas ya conocidas por la comunidad que, pareciera, son comunes y aceptadas. Una de ellas, quizá la más habitual, el abuso de poder, mismo que genera que uno o varios miembros de la universidad se sientan con “derecho” de reprimir, sancionar e incluso agredir a quienes se considera de menor nivel. Ante esto encontramos rivalidades que provocan distintos tipos de violencia.

Cabe mencionar que una de la violencia más frecuente dentro de las universidades es la emocional o psicológica, que se describe como:

cualquier acto u omisión que dañe la estabilidad psicológica, que puede consistir en: negligencia, abandono, descuido reiterado, celotipia, insultos, humillaciones, devaluación, marginación, indiferencia, infidelidad, comparaciones destructivas, rechazo, restricción a la autodeterminación y amenazas, las cuales conllevan a la víctima a la depresión, al aislamiento, a la devaluación de su autoestima e incluso al suicidio (Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, 2007:3).

También es la violencia psicológica la que más se acerca al término violencia simbólica, planteado por Bourdieu, la cual impone significaciones y las impera como legítimas, este autor afirma que “contra la violencia simbólica no hay defensa”, pues este tipo de violencia es aceptado por los actores sociales como una forma de reproducción social (Bourdieu y Passeron, 1977: 29).

En menor escala encontramos la violencia física que: “es cualquier acto que inflige daño no accidental, usando la fuerza física o algún tipo de arma u objeto que pueda provocar o no lesiones ya sean

internas, externas, o ambas” (Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, 2007:3). Desafortunadamente, la universidad, a pesar de ser la institución de mayor grado de estudios, no ha podido garantizar que los universitarios controlen sus impulsos y eviten el ejercicio de la violencia en cualquiera de sus manifestaciones, pues como se ha encontrado en el trabajo de campo, los estudiantes recurren a golpes, patadas y golpes con objetos como parte de la convivencia diaria (juego) o como un recurso para resolver sus diferencias.

Por otra parte, uno de los tipos de violencia más comunes en contra del género femenino dentro de las universidades, es la violencia sexual entendida como: “cualquier acto que degrada o daña el cuerpo y/o la sexualidad de la víctima y que por tanto atenta contra su libertad, dignidad e integridad física. Es una expresión de abuso de poder que implica la supremacía masculina sobre la mujer, al denigrarla y concebirla como objeto” (Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, 2007:3). La agresión sexual se da con mayor frecuencia del hombre hacia la mujer, pero en esta investigación se encontraron experiencias en la dirección contraria, aunque fueron casos aislados.

Ante estos tipos de violencia ¿cómo lograr que los actores universitarios dejen de ser testigos pasivos para convertirse en actores activos capaces de defender sus derechos y los de sus compañeros? ¿Cómo lograr una unidad entre ellos para desarrollar sentido de pertenencia que comprometa a todas y todos los universitarios a convivir de manera sana y exenta de violencia?

Si bien es cierto que nuestras instituciones han sido alcanzadas por la violencia en casi todas sus expresiones, aún se puede hacer algo al respecto. Como menciona Sanmartín (2010) la violencia siempre es la misma, lo que cambia son las formas y los contextos, es decir, la violencia causa problemas que nos afectan a todos en cualquier

espacio social. Por ello, debemos crear mecanismos que nos ayuden a disminuirla a su mínima expresión.

Para dar solución a dichas manifestaciones de violencia, se han desarrollado diversas investigaciones al respecto. En el caso de estudios sobre la violencia en espacios educativos, existen trabajos que apuntan hacia el análisis de los diferentes tipos de violencia surgidos y reproducidos dentro de ellos (Abramovay, 2006; Blaya *et al.*, 2006; Furlán, 2010; Gómez Nashiki, 2005; por ejemplo). Trabajos que han centrado su atención en estas formas de convivencia que pueden resultar negativas para quienes las padecen.

También se han desarrollado investigaciones que analizan la violencia dentro del espacio universitario en países como España, donde se ha retomado el tema de la violencia de género en el espacio universitario, focalizando su atención en los tipos de violencia arremetidos en contra de las mujeres (Valls, 2009). En Colombia, Amórtegui-Osorio (2005) realizó un estudio epidemiológico sobre las violencias ejercidas por estudiantes universitarios y propuso una tipificación de los mismos en tres grupos, según el tipo de agresiones ejercidas en contra de compañeros, profesores y algunos actores de la sociedad civil. En Francia se formuló una propuesta teórica para atender los problemas de violencia dentro de las IES (Debarbieux y Blaya, 2001). Y en México fue desarrollado un estudio sobre la violencia de género contra estudiantes (Castro y Vázquez, 2008), donde se elaboró el primer diagnóstico sobre violencia en una IES involucrando a todos sus actores -profesores, estudiantes, administrativos, funcionarios y trabajadores de servicio- (Carrillo, 2015), y se han propuesto diversas reflexiones en torno al tema, así como diseñado estrategias para disminuir la violencia a su mínima expresión (Montesinos, 2012 y Carrillo, 2011).

Todos estos trabajos han aportado conocimiento importante para detectar y analizar los problemas de violencia dentro de los

espacios educativos; sin embargo, la mayoría carece de propuestas sustanciales para disminuir el problema. Lo que sí debemos destacar es que dichas investigaciones están abriendo brechas y mostrando a las autoridades, tanto escolares, como estatales y municipales, que se deben tomar medidas para resolver el problema en el corto y mediano plazo.

Por lo anterior, en México, al igual que en otros países, ha surgido la necesidad de documentar, analizar, mediar y disminuir las diversas violencias que se generan dentro de los espacios escolares. No obstante, todavía no se ha generado el impacto esperado, pues en los pasillos y aulas universitarias se siguen reproduciendo múltiples formas de violencia que causan daño en la comunidad y que, pasan desapercibidas, pues pocas personas se atreven a intervenir y denunciar los hechos.

Es cierto que desaparecer el problema de raíz es un asunto casi imposible, pues somos una sociedad educada para soportar la violencia, desde el proceso de socialización, la educación formal (e informal), los medios de comunicación, la convivencia social y demás. Hemos aprendido e interiorizado distintas formas de violencia que se volvieron parte de nuestra vida cotidiana. Y todo ello se ve reflejado en las experiencias de universitarios: golpes, insultos, gritos, chismes, difamación, discriminación.

De allí que las y los estudiantes entrevistados propusieran una serie de iniciativas que, si bien no resuelven el problema, pueden ayudar a disminuirlo a su mínima expresión:

1. Talleres de sensibilización sobre el fenómeno de la violencia.
2. Crear programas culturales e informativos que les permitan reconocer las violencias y expresar sus opiniones acerca de este problema.
3. Promover los valores de respeto, tolerancia y solidaridad desde el espacio familiar.

4. Aumentar la vigilancia con casetas en todas las entrada, video cámaras y credencialización de todo el personal administrativo y estudiantil.
5. Ejercer castigos más severos a quienes ejercen violencia.
6. Hacer modificaciones al reglamento para establecer claramente qué está permitido y qué está prohibido, así como establecer las sanciones a cada falta.
7. Crear programas deportivos que fomenten la cohesión de la comunidad.

Ante estas propuestas, sólo nos queda esperar a que las autoridades escolares apoyen lo que la comunidad ha manifestado como necesario para resolver el problema de la violencia dentro de la UAM y, ¿por qué no?, dentro de las Instituciones de Educación Superior.

Esta investigación se centra en la UAM, pero estamos seguros que no es ajena a las problemáticas que viven otras universidades del país, y nos atrevemos a asegurar que en muchas universidades, los estudiantes, profesores y administrativos, prefieren callar cuando son testigos o víctimas de la violencia y realmente pocos se atreven a denunciar estos actos. De hecho, no se trata de una simple deducción, sino de investigación sobre el fenómeno de la violencia en la UV, UAT, UABCS, Instituto Tecnológico de La Paz, B.C., UABJO, UNACAR, UADY y UAEM. Proyecto desarrollado por el Observatorio Nacional sobre Violencia entre Hombres y Mujeres financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT).

Conclusiones

La violencia que se vive en el espacio universitario es multicausal y, por ello, sistémica. Sería imposible definir los factores que la provocan

como únicos, pues la situación del país es detonante de múltiples violencias que afectan a la sociedad y, por ende, perjudican de manera directa el espacio universitario.

Se puede asegurar que la violencia que se vive en las IES es herencia de valores y antivalores aprendidos en el entorno. Por una parte, la familia, reconocida como la institución principal en la transmisión de la cultura y la educación mínima para que los individuos puedan interactuar con los "otros" dentro del sistema social. De tal manera, el importante papel social de la familia se observa en la disposición personal de cada individuo para conducirse de acuerdo o en contra del designio cultural. En principio, la violencia nos obliga a reconsiderar esta conducta como un tema antinómico o socialmente aceptado. La cuestión es que las condiciones sociales y familiares de nuestro país van encaminadas a formar ciudadanos pasivos ante los abusos de las élites de poder, por ello hemos encontrado que muchos universitarios prefieren callar antes de enfrentarse con alguien superior jerárquicamente para defender sus derechos; es el caso de alumno-profesor o profesor-funcionario. Los primeros por miedo a ser reprobados, los segundos porque las camarillas de poder existentes en la UAM les impiden denunciar un acto violento.

Por otra parte, la crisis social que actualmente vive nuestro país se ve reflejada en la creciente delincuencia, los robos, asesinatos, balaceras y crímenes impunes que día a día se dan frente a los ojos de los universitarios. Así, el espacio de las IES se ve afectado por lo que pasa en el exterior. El que los estudiantes y profesores sean víctimas de la violencia fuera de la universidad, sin duda, afectará su forma de relacionarse con sus pares dentro de ella. Esta situación genera desconfianza en las autoridades, estrés y, en algunos casos, desesperación por no poder actuar y sentirse impunes ante actos que vulneran sus derechos. Y si sumamos a esto la crisis económica por la que atraviesa nuestro país, el nivel de frustración en los uni-

versitarios crece, provocando que muchos actores universitarios se conviertan en testigos pasivos de la violencia y no se atreven a denunciar los actos vividos dentro del espacio escolar que atentan contra sus derechos o los de sus compañeros. Ello, sin dejar de lado que los testigos también puede ocupar el papel, tanto de víctimas, como victimarios, pues las relaciones que desatan la violencia dentro de las IES no son estáticas, están en constante movimiento y, así, todos tienen la posibilidad jugar uno u otro papel en la violencia vivida en las universidades.

Frente a lo anterior, es importante reconocer que todavía falta mucho camino por hacer para que estudiantes y profesores puedan actuar y solucionar las manifestaciones de violencia que se dan en las aulas y espacios comunes de la universidad. Para ello, hacen falta programas y campañas que ayuden a concientizar, sensibilizar y brindar herramientas para que las universidades se conviertan en espacios de respeto y sana convivencia.

Bibliografía

- ABRAMOVAY, Miriam (2006). *Cotidiano das escolas: entre violencias*. Brasil: UNESCO.
- AMÓRTEGUI-OSORIO, Diana (2005). "Violencia en el ámbito universitario: el caso de la Universidad Nacional de Colombia". En *Salud Pública*, núm. 7. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- BLAYA, Catherine, Eric Debarbieux, Rosario del Rey Alamillo y Rosario Ortega Ruiz (2006). "Clima y violencia escolar. Un estudio comparativo entre México y Francia". En *Revista de educación*, núm. 339. Madrid: Ministerio de Educación.
- BOURDIEU, Pierre y Jean-Claude Passeron (1977). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona: Laia.

- CARRILLO MERÁZ, Rosalía (2015). *Violencia en las Universidades Públicas. El caso de la Universidad Autónoma Metropolitana*. México: UAM.
- CASTRO, Roberto y Verónica Velázquez García (2008). "La universidad como espacio de reproducción de la violencia de género. Un estudio de caso en la Universidad Autónoma de Chapingo". En *Revista Estudios Sociológicos*, vol. XXVI, núm. 78. México: El Colegio de México.
- DEBARBIEUX, Éric y Catherine Blaya (2001). *Violence é l'école et politiques publiques*. Francia: Actions Sociales/ Confrontations.
- FURLAN, Alfredo (2005). "Problemas de indisciplina y violencia en la escuela". En *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, núm. 10. México: Consejo Mexicano de Investigación Educativa.
- GÓMEZ NASHIKI, Antonio (2005). "Violencia e institución educativa". En *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, núm. 10. México: Consejo Mexicano de Investigación Educativa.
- KLINEBERG, Otto (1981). "Las causas de la violencia desde una perspectiva socio-psicológica". En *La violencia y sus causas*. París: UNESCO.
- LEY GENERAL DE ACCESO DE LAS MUJERES A UNA VIDA LIBRE DE VIOLENCIA (2007). México: Diario Oficial de la Federación.
- MONREAL-GIMENO, María Carmen, Amapola Povedano-Díaz y Belén Martínez-Ferrer (2013). "Modelo ecológico de los factores asociados a la violencia de género en parejas adolescentes". En *Journal for Educators, Teachers and Trainers*. 5 (3). España: Universidad de Granada.
- MONTESINOS, Rafael (1999). "Un modelo para armar. La política desde la teoría de los sistemas". En *Estudios sociológicos*, vol. XVII, núm. 49. México: El Colegio de México.
- MONTESINOS, Rafael y Rosalía Carrillo (2012). *Al borde de los géneros. Masculinidad y violencia entre hombres y Mujeres*. Alemania: EAE.
- (2012). "Violencia en las IES. La erosión de la violencia en las universidades públicas". En *Revista Iztapalapa*, núm. 72. México: UAM.

- (2011). “El crisol de la violencia en las universidades públicas”. En *El cotidiano*, núm. 170. México: UAM.
- SANMARTÍN ESPLUGUES, José *et al.* (2010). *Reflexiones sobre la violencia*. México: Siglo XXI.
- VALLS, Ros *et al.* (2007). “¿Violencia de género también en las universidades? Investigaciones al respecto”. En *Revista de Investigación Educativa*, núm. 25-1. España: Universidad de Murcia.